

¿Qué Brasil es este?

Emir Sader

El artículo analiza y describe la elocuente parábola que ha signado al desarrollo brasileño a lo largo de la historia. Habiendo adoptado desde sus comienzos un esquema de crecimiento basado en las brechas económicas y los altos consumos de las elites, desde la década de 1980 se privilegió la estabilidad macroeconómica sobre el resto de las variables. El resultado ha sido un retroceso absoluto en las variables sociales y en las demandas democráticas de la población, paulatinamente más incrédula frente al Estado y la clase política.

Hoy conviven dos imágenes contradictorias del Brasil: una complaciente, compuesta por el fútbol, el carnaval, la música y las telenovelas, una imagen alegre y jovial de su pueblo; la otra, la de las masacres y las injusticias, la discriminación y la violencia. Si nos preguntamos cuál de ellas es la real, tendríamos que decir que ambas. Solamente de la comprensión de su coexistencia y de las contradicciones que encierran puede surgir una visión real del Brasil como país y como sociedad.

De la economía agraria a la financiera, pasando por la industrial

Brasil se convirtió a lo largo del siglo xx en la mayor economía de la América Latina, después de haber pasado el siglo previo bajo el impacto de una recién abolida esclavitud y de haber sido un país agrario y exportador primario hasta bien entrada la segunda mitad del siglo xx. Con una izquierda atrasada –correspondiente a su estructura social– Brasil se recuperó políticamente; sin embargo se presenta en este nuevo siglo como un país que ha perdido su dinamismo económico y, con ello, el potencial de liderazgo internacional que había comenzado a conquistar. Lejos quedaron los tiempos de la frase de Richard Nixon, quien según «hacia donde Brasil fuese, iría el continente» –salvo si lo tomamos en sentido negativo: el abandono de las metas del desarrollo económico fueron sustituidas por las de estabilidad monetaria, sacrificando

EMIR SADER: profesor de Sociología de la Universidad de São Paulo; coordinador del Programa de Estudios de América Latina y el Caribe de la Universidad del Estado de Rio de Janeiro.

Palabras clave: desarrollo económico, política económica, neoliberalismo, Cardoso, Brasil.

no solo la expansión económica sino extendiendo graves problemas sociales y renunciando a la construcción de una gran democracia continental— como indicativo de los mismos rumbos tomados por el resto del continente. Incluso en este sentido Brasil perdió su primacía, porque adoptó esos caminos con retraso. No obstante, precisamente la combinación de los elementos que constituyen al país como sociedad y como nación, es lo que hace de éste el eslabón más débil de la cadena del sistema capitalista en el continente. Esto se produce por la presencia de elementos de fuerza y de debilidad:

a) Una economía que a pesar de estar debilitada por el proceso de privatizaciones, apertura acelerada de la economía y desnacionalización, mantiene una capacidad competitiva superior a la de las otras economías del continente;

b) Pese a la apertura de su economía en los años 90, el país está menos penetrado por el capital extranjero con respecto a otros, por ejemplo Argentina y Chile, ya sea en el plano del sistema financiero, de las grandes corporaciones industriales o de la propiedad de la tierra;

c) La derrota impuesta por los regímenes de terror se hizo más distante en el tiempo, en comparación con otros países con trayectoria similar a la de Brasil, permitiendo una renovación social, política e ideológica;

d) Como consecuencia, las fuerzas sociales y políticas de izquierda, forjadas en el proceso de resistencia dictatorial y de reconstrucción de un Estado de derecho, tienen mucha más fuerza que en otros países del continente, llegando a configurar en la actualidad una de las izquierdas más sólidas del mundo;

e) Los compromisos económicos y sociales entre las elites hicieron del Brasil el país más injusto del mundo, con el mayor grado de desigualdad social, lo que se traduce en un factor de acentuada debilidad para el sistema de dominación política.

Dependiendo de su articulación, el conjunto de estos factores puede llevar al país a un enorme estancamiento y regresión de dimensiones civilizatorias —pronosticada por los gobiernos de los años 90, cuya continuidad esencial representaría este camino—, o a asumir la posibilidad histórica de una ruptura y un salto de calidad en su proceso de construcción como nación y como sociedad.

Brasil se caracterizó, como el conjunto del continente, por haber sido antes un Estado que una nación. Fue colonizado, definió sus estructuras económicas, sociales y políticas en función del mercado mundial, y tuvo su historia periodizada de acuerdo con los ciclos económicos del producto de exportación que interesaba al mercado internacional controlado por los países colonialistas. En el caso brasileño, los ciclos del azúcar y del café se articularon en función de las exportaciones y fueron sostenidos por el trabajo esclavo. A la masacre de las poblaciones indígenas sucedió el tráfico de millones de esclavos africanos, que constituyeron el primer contingente de formación del pro-

letariado brasileño. A la vez, la agricultura de subsistencia produjo un campesinado esparcido por el inmenso territorio consolidado por el Tratado de Tordesillas, que afianzó rápidamente su unidad territorial.

Si la colonización portuguesa no había producido distinciones fundamentales en la forma de inserción internacional del Brasil comparada con la de los países colonizados por España –salvo en estilos de colonización, con efectos importantes en el plano cultural–, la invasión napoleónica en la península ibérica imprimió destinos diferenciados entre uno y otros. Mientras los españoles resistieron y siendo luego derrotados debilitaron su dominio colonial sobre las Américas –lo que se aceleró con la culminación de las guerras de independencia, desde México hasta Chile– la corte portuguesa huyó a Brasil, produciendo resultados opuestos.

En tanto que en los países de colonización hispánica se forjó un Estado como producto de estas guerras, se liberó a los esclavos y se instauró un régimen republicano, en Brasil se establecieron unos pactos entre las elites que marcarían la historia brasileña. Al arribar a Brasil, la corona promovió un proceso transformista en la transición colonial hacia la independencia, por medio del cual el hijo del emperador heredó el trono y el poder de un nuevo Estado imperial, en lugar de republicano. Paralelamente, la abolición de la esclavitud fue pospuesta por varias décadas –hasta 1888–, haciendo de Brasil el último país del continente en terminar con la explotación del trabajo esclavo. Incluso antes de ello, previendo el flujo de nuevos trabajadores «libres», las elites brasileñas promulgaron una Ley de Tierras a mediados del siglo XIX, que legitimaba el control de los vastos territorios nacionales en manos de los latifundistas, bloqueando la posibilidad de que los esclavos tuvieran acceso a tierras. Así, la disputa colonial se desarrolló como cuestión agraria, consolidando el poder de los latifundistas y su espacio privilegiado en el bloque dominante, hegemonía que explica la ausencia hasta el presente de una reforma agraria.

Fue a partir de 1930 que Brasil –valiéndose del «privilegio del atraso» del que hablaba Trotsky cuando se refería a la ley del desarrollo desigual y combinado que sigue el capitalismo– comenzó a recuperar el rezago relativo respecto de otras formaciones sociales latinoamericanas, en particular Argentina. Este país ya había dado pasos significativos hacia la industrialización por su carácter de exportador de carnes y cueros, se había urbanizado en amplia medida, no había tenido esclavitud y desempeñaba un papel importante en la división internacional del trabajo. Brasil había quedado relegado a la situación de país agrario, exportador de café, con mano de obra esclava hasta finales del siglo XIX y con gobiernos oligárquicos hasta finales de 1930, cuando su vecino ya había pasado, por ejemplo, por la revolución universitaria de Córdoba y poseía una sólida cultura nacional.

Sin embargo, incluso el movimiento militar de 1930, bajo efecto directo de la crisis de 1929 y del agotamiento del modelo primario de exportación, repre-

sentó una ruptura a medias con el bloque de poder de entonces. Si valiéndose de la crisis redefinió las relaciones de fuerza dentro de ese bloque, dándole una nueva configuración en la que la hegemonía de la oligarquía agraria fue gradualmente sustituida por la de una naciente burguesía industrial, intermediada por la fuerte presencia del Estado, esta transición no se tradujo en una ruptura de las relaciones sociales en el campo. La legalización del movimiento sindical –en su versión corporativa, de la misma forma que más tarde con el peronismo– llevada a cabo por Getúlio Vargas (1930-1945 y 1950-1954) se restringió a los trabajadores privados del sector urbano, mientras la gran mayoría de la fuerza de trabajo se concentraba en el campo. Con ello se distanciaban los intereses de los trabajadores rurales y urbanos, que tendrían destinos diferenciados; unos relegados al dominio ilimitado del latifundio, con su secuela de violencias y arbitrariedades, y otros protegidos por una legislación laboral vinculada a un Estado ampliamente reformado para dar cabida a un proyecto nacional industrializador.

Se genera así, bajo el getulismo, las condiciones tanto para un fuerte impulso al desarrollo económico volcado hacia el mercado interno –cuyo modelo sería teorizado y codificado por la Cepal en la segunda posguerra–, como para un nuevo modelo hegemónico cuya característica dominante sería su carácter nacional y popular. Nacional, porque por primera vez el Estado se presentaba como personificando al Brasil, tanto en sus relaciones con el mercado mundial –en la defensa del precio del café, la protección de las nacientes industrias, la ideología nacionalista–, como en la promoción del desarrollo económico que tendría en la distribución de la renta y en el mercado interno referencias fundamentales. Y popular dado que también por primera vez el Estado brasileño dejaba de representar un pacto entre las elites, en la que una gobernaba en nombre de todas, para presentarse como un ente que incluía a la clase media urbana –contemplada, por ejemplo, en los concursos públicos para los puestos estatales en fuerte aumento, así como en las carreras de funcionario y en la gran extensión del sistema educativo– y al movimiento sindical a partir de la legislación del trabajo, incluso de molde corporativista.

Así, después de haber vivido durante gran parte de su historia desde la Colonización bajo la hegemonía de un modelo primario, justificado con argumentos tomados de la teoría del comercio internacional y de la hipotética vocación cafetera de su economía, el Brasil rompía con los supuestos básicos de esa argumentación y ponía en práctica un modelo hegemónico que permitiría el mayor ritmo de crecimiento económico mundial durante cerca de cinco décadas. En ese lapso cambió radicalmente la fisonomía de la sociedad brasileña: de agraria a urbana, de agrícola a industrial; de volcada hacia el exterior a revertida sobre sí misma.

El crecimiento, tratándose de una economía dependiente, reprodujo los mecanismos de ese fenómeno en la periferia del capitalismo, centrándose en la super explotación del trabajo, de acuerdo con los análisis de Ruy Mauro Ma-

rini. Es decir, una burguesía que llegaba atrasada a un mercado mundial ocupado por las grandes potencias capitalistas, no buscó simplemente proteger su mercado interno, impotente para competir en igualdad de condiciones con las burguesías metropolitanas, sino que intentó, a través de la combinación de múltiples formas de explotación de la fuerza de trabajo, manteniéndola permanentemente por debajo de su valor, abaratar los costos de producción de sus mercancías. En el caso brasileño, esa hipótesis se reiteró a lo largo del tiempo por la inexistencia de la reforma agraria, que, bloqueando el acceso a la tierra de decenas de millones de trabajadores rurales, aceleró su inmigración hacia las grandes ciudades del centro-sur, constituyendo un abundante mercado de trabajo que favoreció altas tasas de ganancias derivadas en gran medida de la sobreexplotación. Esto no impidió que, en dos periodos diferenciados –1930 a 1964 y desde el golpe militar en este último año hasta 1980– la economía creciera extendiendo la industrialización, con tecnología más moderna que la argentina y –especialmente en el segundo lapso mencionado– con un grado superior de incorporación de capitales extranjeros y capacidad exportadora. En ese lapso Brasil llegó a conquistar la principal estructura industrial de la periferia capitalista, estando presente, al final de los años 70, en todas las ramas de punta de la economía mundial, aunque con grados diversos de desarrollo tecnológico.

Políticamente, la ruptura del sistema democrático liberal en 1964 fue funcional al proceso de acumulación. El ahogo salarial, la intervención militar en los sindicatos, la represión contra todas las formas de organización popular, sirvieron para contener a la oposición y reconducir el grueso de la producción –por parte de las grandes empresas internacionales y nacionales– hacia las altas capas de consumo y la exportación. La concentración de capitales en manos del gran empresariado y la política de bloqueo al consumo de los sectores populares, fueron las palancas que permitieron que la economía brasileña entrara en un nuevo ciclo expansivo, que también fue posible porque coincidió con la larga onda también expansiva en la que todavía se encontraba el capitalismo internacional, lo que se tradujo a su vez en la capacidad de la dictadura para impulsar el desarrollo económico. El golpe militar brasileño fue relativamente precoz respecto de los otros, y se vio acompañado de un enemigo más frágil –la izquierda brasileña era de menor peso que la de los otros países de la región– y con un entorno exterior favorable que desaparecería en 1973.

El Brasil actual, en el nuevo siglo, es resultado de toda esa evolución y del cambio de ciclo del capitalismo internacional, con impactos específicos sobre los países de la periferia, cuyos efectos se tradujeron en la crisis de la deuda externa. En el caso de Brasil, los años siguientes a los 70 representaron una ruptura mucho más marcada que en otros países del área, al abandonar la economía dos décadas de crecimiento económico continuado e ingresar en un periodo recesivo.

El agotamiento de la dictadura militar –que había buscado legitimidad en la combinación de crecimiento económico, consumismo y seguridad nacional–

representó la hegemonía de un nuevo consenso, construido en la oposición a la dictadura: el de la democratización política y de combate al déficit social dejado por un crecimiento que no había distribuido la renta. La nueva Constitución fue definida por el presidente de entonces como la «Constitución ciudadana», que privilegiaba de tal forma la afirmación de los derechos que producía un choque con la tendencia neoliberal, ya dominante en aquel momento (1988). Por otra parte, inclusive un gobierno moderado como el de José Sarney (1985-1990) —primer presidente civil desde 1964— gobernó con un lema que hoy sería considerado pecado mortal para el dogma vigente del FMI: «Todo por lo social» —aun cuando lo concibiese de forma asistencialista.

Esas tendencias contuvieron la implementación de políticas de ajuste fiscal, atraso que se acentuó a raíz de la caída del gobierno de Fernando Collor (1990-1992), pero aquellas políticas fueron retomadas por Fernando Henrique Cardoso, primero como ministro de Hacienda del vicepresidente de Collor, Itamar Franco (1992-1994), y después como presidente (1994-1998 y 1998-2002). Cardoso no puede presentarse como un prócer de la «tercera vía», porque el trabajo «sucio» del neoliberalismo que en otros países correspondiera a Reagan, Thatcher, Pinochet, Menem, Fujimori o Salinas de Gortari, en Brasil había sido interrumpido, haciendo que el actual presidente tuviera que vestir el *tailleur* de Margaret Thatcher en lugar del *blaser* de Tony Blair.

El gobierno de Cardoso consiguió la estabilidad monetaria, de manera similar a lo logrado por Chile, Argentina o Perú, con la particularidad de que fue alcanzada a costa de aplicar la tasa de interés real más alta del mundo para atraer capitales financieros que sirvieran de soporte. Política e ideológicamente la operación fue un éxito, consiguiendo la reelección presidencial y derrotando a la izquierda por segunda vez en el primer turno. Económica y socialmente, sin embargo, fue un desastre: después de elevar el poder adquisitivo de los sectores más bajos, concentrando la renta en las cúpulas en detrimento de las capas medias, los más pobres comenzaron a perder poder adquisitivo por la informalización económica de la mayoría de la población, así como sus rentas y derechos. El país no logró retomar ritmos mínimamente estables de desarrollo, completando dos décadas de pérdida, con el primer gobierno en 70 años que dejó de colocar el desarrollo como prioridad, para sustituirlo por el objetivo conservador de la estabilidad.

A su vez, el Estado, presionado por las estratosféricas tasas de interés y por el ingreso de capitales especulativos, quintuplicó su endeudamiento, en contraste con el saneamiento fiscal prometido por los planes de ajuste, pese a la privatización de gran parte de un patrimonio público que había sido hasta entonces protagonista fundamental del acelerado crecimiento de décadas anteriores. Se substituyó inflación por un endeudamiento que no financió ningún tipo de obra pública ni una mayor calidad o extensividad de los servicios públicos. Sirvió para financiar el gasto suntuario de los sectores altos y para estabilizar artificialmente la moneda, con saldos comerciales de 14.000 millones de dólares antes del Plan Real, a seis años seguidos de déficits, incluso

con Estados Unidos. Se promovió la hegemonía del capital financiero sobre el conjunto de la economía, así como una financierización del Estado, que vive en función del pago de los intereses de la deuda. Se generó un círculo vicioso mediante el cual el sistema financiero es el gran patrocinador de las campañas electorales del Gobierno y recibe de vuelta el único gran plan de apoyo gubernamental y otras ventajas excepcionales, incluida la venta de títulos públicos que pagan los mayores intereses reales del mundo.

Así, Brasil pasó en pocas décadas de ser una economía agraria a otra industrial –aunque periférica y dependiente, pero con un potencial económico innegable– para terminar en el cambio de siglo en brazos del capital especulativo, que alimenta y aprisiona la estabilidad monetaria, como un grillete que impide el crecimiento. El gobierno de Cardoso pasa a la historia como aquel que, dirigido por quien surgió de las filas de la oposición democrática, con una reconocida trayectoria intelectual –aunque políticamente ambigua–, le dio un nuevo aliento a la derecha tradicional reorganizándola en torno de un discurso modernizador que encubre sus seculares prácticas de privatización del Estado. Al contrario de sus congéneres de la socialdemocracia, que en otros países combatieron a la derecha adhiriendo al mismo tiempo al neoliberalismo –como Mitterrand, Felipe González, los socialistas chilenos–, Cardoso surgió como el salvador de la derecha para derrotar sucesivamente a la izquierda, a la cual se opuso frontalmente (tanto a los partidos de izquierda –particularmente su principal adversario, el Partido de los Trabajadores [PT]– como a los sindicatos y a los movimientos sociales –en especial al Movimiento de los Sin Tierra [MST], su más aguerrido opositor) durante sus dos mandatos.

Al igual que en otros países, el neoliberalismo en Brasil tuvo éxito en la estabilización monetaria, también en la propaganda ideológica y en la fragmentación social. Sin embargo fracasó en cuanto al desarrollo económico como en sus consecuencias políticas y sociales. El carácter de las transformaciones promovidas por las políticas de Cardoso solo ha podido imponerse, en otros periodos, bajo regímenes dictatoriales o totalitarios; tal ha sido la brutal transferencia de recursos, especialmente de los sectores medios hacia el capital financiero, o la inmensa apropiación de derechos de los trabajadores, comenzando por el derecho al trabajo formal, que hoy está reservado a 40% de la población, mientras que otro 60% se ve sometido a la precariedad del trabajo informal.

Desde el punto de vista político, la década de ajuste fiscal debilitó el sistema democrático, a duras penas conquistado después de veintitantos años de dictadura. Los parlamentos mezclaron prestigio y representatividad, la gran mayoría de los partidos perdió su propia identidad (comenzando por la versión brasileña de la socialdemocracia, representada en el partido de Cardoso que, si no tenía una de las características básicas de las organizaciones de esa corriente, como p. ej. una amplia base sindical y popular, adhirió a la moda neoliberal, abierta por Mitterrand y González, convirtiéndose en un partido de derecha), la participación y la movilización políticas bajaron a niveles

desconocidos en periodos institucionales, la dimensión pública del Estado y de los gobiernos fue duramente debilitada por la mercantilización de sus políticas y, como efecto de éstas, de las relaciones sociales. El economicismo pasó a dominar el discurso de las elites –desde presidente de la República al «mainstream» académico, pasando por la gran prensa y las dirigencias políticas– en detrimento de los derechos, la justicia social, el «buen gobierno» y las necesidades de la gran mayoría de la población. El resultado fue una apatía política generalizada.

Desde el punto de vista social, no solo no se mejoraron las condiciones de vida del grueso de la población, sino que al contrario, se acentuó la polarización entre ricos y pobres, integrados y excluidos, globalizados y marginados. El movimiento sindical pasó a estar a la defensiva frente al aumento del desempleo –y la consiguiente prioridad de defenderlo–, en detrimento de la lucha por minimizar los ataques al poder adquisitivo de los salarios; mientras tanto, los movimientos sociales ligados a las reivindicaciones de género, etnia y otros, retrocedieron frente a un gobierno truculento e insensible hasta con los derechos de la mujer (la administración de Cardoso ha tenido solo episódicamente una que otra mujer como ministro).

De «potencia intermediaria regional» a «mercado emergente», Brasil transitó de ser un país con un potencial extraordinario de crecimiento –pese a las desigualdades, la miseria, el atraso político y cultural– a ser hoy un país inerte internacionalmente, resignado en lo interno a convivir con sus llagas, mirando de nuevo más hacia fuera –como durante el periodo exportador primario hasta 1930, solo que ahora mira hacia arriba, hacia EEUU. Las contradicciones, junto al potencial de crecimiento que persiste, incluida su izquierda y el movimiento de masas, hacen de Brasil el eslabón más débil de la cadena del sistema de dominación mundial en el continente latinoamericano.

Del desarrollo desigual al eslabón más débil

Una vez agotados los modelos cepalinos para el continente, se desató el debate sobre la naturaleza del posible desarrollo económico en América Latina. Surgieron dos grandes concepciones, representando horizontes radicalmente diferentes: las teorías de Fernando Henrique Cardoso y la de Ruy Mauro Marini. La primera apuntaba, en continuidad a la obra anterior del autor que subrayaba los obstáculos corporativos del empresariado brasileño, a la internalización de la economía como forma de retomar el desarrollo. Sus tesis pronosticaban el programa que Cardoso llevaría a cabo en los años 90 a cargo del Gobierno Federal.

La crítica al corporativismo del empresariado llevó a la apertura de la economía al exterior y a la ausencia de regulación estatal, en un programa identificado con los objetivos liberales de los grandes organismos internacionales. Su tesis, la viabilidad del desarrollo económico, dependía de aquella «liberación» de las trabas corporativas que bloqueaban el surgimiento de un empre-

sariado dinámico. Este dinamismo no se encontró en la propensión de un capitalismo internacional a asociarse en nuevos proyectos de desarrollo, sino en la búsqueda de campos de inversión financiera con bajos riesgos y grandes retornos a corto plazo.

Como resultado, la dependencia no fue reducida ni superada cuando Cardoso pudo tener las riendas de la economía con más poderes que cualquier otro presidente en regímenes civiles, durante más de seis años; al contrario, aquella se extendió y profundizó adquiriendo nuevas dimensiones. La dependencia de capitales aumentó, se agudizó la dependencia tecnológica, la soberanía política se debilitó, los objetivos nacionales pasaron a ser definidos por los organismos internacionales y el carácter brasileño sufrió duros golpes por una ideología de consumo y patrones de comportamiento importados, mientras una ideología economicista, repetidora de los discursos de los organismos económicos internacionales se convirtió en discurso dominante.

La otra gran concepción sobre la condición, contradicciones y dilemas de los capitalismo periféricos –en particular los latinoamericanos– fue elaborada por Ruy Mauro Marini, especialmente en *Dialéctica de la dependencia*, donde el autor señalaba cómo los capitalismo que llegaban retrasados a la industrialización y al mercado mundial se valían de múltiples mecanismos de aumento de la explotación de los trabajadores buscando así recuperar la inferioridad competitiva respecto de los países capitalistas centrales. Como consecuencia, el proceso de acumulación de la periferia dependía de la exportación y de la alta esfera del consumo, por cuanto el consumo popular estaba estructuralmente bloqueado por los mecanismos que Marini llamó de «super explotación» del trabajo, introduciendo una profunda ruptura entre las dos esferas del mercado de consumo.

El tipo de desarrollo económico posible para nuestros países sería entonces el de la profundización de la dependencia y de las distorsiones en las estructuras sociales, que no estarían dirigidas a las modalidades más democráticas sino, por el contrario, hacia formas abiertas o veladas de dictaduras de clase que garanticen la supervivencia de modelos económicos cada vez más excluyentes. El caso brasileño –tomado por Marini y Cardoso como referencia central, dado el mayor desarrollo relativo de la economía del país en el momento de la formulación de las dos tesis, a finales de los años 60 y primera mitad de los 70– ejemplifica cómo los análisis de Marini se revelaron correctos. No solo por la evidente profundización y extensión de la dependencia, sino también por la aplicación hasta límites desconocidos en la historia del capitalismo de mecanismos de super explotación del trabajo –de la «terciarización» al trabajo precario, del trabajo doméstico al trabajo infantil y semiesclavo–, caracterizando muy evidentemente la combinación de la plusvalía relativa con la absoluta, y la extensión directa de la jornada de trabajo; haciendo del abaratamiento permanente de la fuerza de trabajo, remunerada por debajo de su valor, un mecanismo explicativo esencial del cambio en las relaciones entre capital y trabajo que marcan las dos últimas décadas del siglo xx.

Los análisis innovadores de Marini –válidos en el momento de su formulación para la periferia capitalista– se traspusieron hacia los países del centro del sistema cuando el pleno empleo del Estado de bienestar fue sustituido por 30 millones de desocupados, a lo que se suma el trabajo informal que afecta a un tercio de la fuerza laboral –principalmente la inmigrante–, dentro de la cual se localiza el «trabajo sucio» –peligroso y contaminante. Incluso en EEUU, que tuvo el ciclo expansivo más largo en la década de los 90 y consagró el «modelo anglosajón» –reproducido por Inglaterra– como dominante, apoyó abiertamente esta expansión de la flexibilización laboral –expresión que denota la presencia ostensible de diferentes formas de super explotación del trabajo.

Brasil y México, los mayores laboratorios del capitalismo dependiente en América Latina, pasaron a tener la compañía de Argentina como modelos de super explotación del trabajo. Este último, después de haberse caracterizado por el pleno empleo –en un mercado laboral que incorporaba trabajadores de Chile, Uruguay, Bolivia, Paraguay, Brasil y Perú– fue reciclado, por las políticas uniformadoras del FMI y del Banco Mundial, en un país con alto índice de desempleo, con miseria, niños de la calle y con una acelerada concentración de la renta. México únicamente acentuó los mecanismos de dependencia externa, de concentración de la renta y de super explotación del trabajo al acoplar completamente su economía al ciclo expansivo norteamericano, que reprodujo de manera salvaje al norte del país los mecanismos de precariedad, informalidad, de extracción ilimitada de la plusvalía sobre trabajadores bloqueados para organizarse y resistir, por los efectos de la miseria, del brutal excedente de mano de obra, de la corrupción del movimiento sindical y de la acción criminal de gobiernos que venden barata la fuerza de trabajo.

Brasil había pasado por tres modelos básicos de desarrollo desde los años 30, con elementos de ruptura y de continuidad entre ellos. Inicialmente se instaló un modelo industrializador, con legitimidad popular. El carácter nacional provino de la existencia, por primera vez, de un proyecto que afirmaba la soberanía del país, que se dirigía hacia su proceso de desarrollo interno, dando un impulso decisivo a la industrialización. La legitimidad popular surgió de la ruptura con el discurso del viejo régimen oligárquico, en el que –como lo afirmó su último presidente– la cuestión social era «cuestión de política», y el paso a un Estado que legitimaba al mundo del trabajo –aunque solo se tratase del trabajador urbano de las empresas privadas–, garantizaba institucional y jurídicamente sus derechos y lo incorporaba al discurso oficial. (Para un país que apenas cuatro décadas atrás salía de la esclavitud, tener un presidente, Getúlio Vargas, que comenzó a interpelar al pueblo como «trabajadores del Brasil» al inicio de sus discursos, representaba un reconocimiento expreso en el imaginario nacional.)

Ese modelo hegemónico privilegió lo nacional y lo social –aunque todavía relegando a la gran mayoría de la masa trabajadora a vivir en el campo, bajo brutales condiciones de explotación– en deterioro de la cuestión democrática.

ca. Propició un impulso industrializador que cambió la fisonomía del país en pocas décadas, no solo desde el punto de vista económico, sino también social, ideológico y cultural. Los límites de este modelo residieron en la indisponibilidad de capitales para llevar adelante la industrialización. Se pasó a la producción de bienes tecnológicamente más avanzados –en particular de la industria automovilística, cuya llegada a países como Argentina y Brasil, a mediados de los años 50 representó el ingreso en masa de capital extranjero y la asunción, desde entonces, de un papel económicamente dominante. Fue ese proceso de internacionalización de la economía –que no por casualidad coincide con las caídas de Perón y de Vargas– el que produjo una transformación del modelo hegemónico, que mantuvo su carácter industrializador –sinónimo de «desarrollo económico»– perdiendo sin embargo su dimensión nacional y relegando el tema social –que pasó a ser consecuencia del desarrollo económico, con la continua expansión del mercado formal de trabajo y de todos sus despliegues.

El golpe militar de 1964 se produjo durante el ciclo expansivo del capitalismo internacional, haciendo posible que Brasil disfrutase de recursos externos para reciclar su economía, que pasó a privilegiar abiertamente la exportación y el consumo de lujo –conforme lo captaron los análisis de Marini–, en desmedro del consumo interno de masas. Por medio de un brutal proceso de reconcentración de la renta en manos del gran capital nacional e internacional –anclado en la represión de la dictadura– y de la atracción de más capitales externos, en esta oportunidad diversificando la dependencia en dirección a países de Europa occidental y de Japón, Brasil ingresó en un ciclo de fuerte crecimiento económico, desde 1967 a 1979. El factor de desarrollo económico continuó funcionando como elemento de propulsión ideológica con la extensión, principalmente del aumento de la capacidad de consumo de la alta clase media y de la burguesía, de beneficios secundarios hacia otros sectores menos favorecidos.

Este modelo apoyado en la atracción de capitales externos y en un violento proceso de aumento de la plusvalía, pasó a depender de préstamos en lugar de inversiones, en la medida en que el capitalismo ingresó en un largo ciclo recesivo en 1973. Al contrario de otros países Brasil mantuvo su crecimiento, pero a un ritmo menor. Sin embargo siguió captando, sobre todo sus empresas privadas, préstamos con intereses fluctuantes –una bomba de tiempo que iría a explotar a fines de los 70 y comienzos de los 80, y que dejaría al país hipotecado y sus hasta hoy penosos procesos de renegociación de la deuda pendientes. Para evitar que a la moratoria mexicana se sumase la brasileña, el último gobierno de la dictadura estatizó la deuda, con el patrimonio de las empresas estatales como garantía. Ello no impidió que Brasil viese allí estancado su largo ciclo de desarrollo económico.

En el plano político, el modelo identificado con Getúlio Vargas promovió el surgimiento de una izquierda apoyada en el sindicalismo vinculado al aparato del Estado, a la cual se le alió el Partido Comunista. Este bloque asumió

una línea política nacionalista, antiimperialista y antilatifundista, apostando a una alianza con sectores de la burguesía nacional, considerados «progresistas» e interesados en un proyecto de reformas económicas y sociales. Cuando este proyecto fracasa con el golpe militar, y ante el hecho de que la burguesía industrial prefiere, en bloque, una alianza con el imperialismo y el latifundio antes de asumir los riesgos de favorecer el ascenso del movimiento popular –opción evidentemente acentuada por el clima de Guerra Fría–, se desmoronan las bases de sustentación de esa izquierda. El Estado dejó de ser un aliado para pasar a ser un enemigo frontal. El movimiento sindical estatal se vio totalmente bloqueado en su capacidad de acción y el resto fue intervenido. Del mismo modo, el empresariado nacional se abrió a una alianza claramente subordinada, así como los capitales externos y el Estado pasaron a funcionar como palanca para la acumulación privada de un modelo exportador y selectivo en términos de consumo interno.

El marco internacional, con el triunfo de la revolución cubana y el ascenso de una nueva izquierda en los años 60, favoreció la desintegración de la hegemonía que el PCB y sus aliados tenían en la izquierda. Este vacío fue disputado por dos fuerzas radicalmente antitéticas: la oposición insurreccional –apoyada en la experiencia cubana y vietnamita– y la oposición liberal –sustentada en las fuerzas tradicionales desplazadas por los militares. Después de un breve ascenso, las fuerzas guerrilleras fueron derrotadas por la virulencia de la acción de la dictadura, y también por una concepción que privilegiaba la lucha militar en detrimento de la social, dejando el campo libre para la hegemonía liberal en la lucha contra la dictadura.

No obstante, un proceso subterráneo saldría más tarde con fuerza a la superficie. El desarrollo económico desde mediados de los 50 y el nuevo ciclo expansivo dirigido por la dictadura renovaron y fortalecieron socialmente a la clase trabajadora, en especial la centrada en la industria automotriz, localizada en la periferia de San Pablo. Este proceso contó básicamente con una extensa inmigración del noreste hacia el centro sur del Brasil, lo que para la inmensa masa trabajadora significaba salir de la informalidad del campo y acceder a la ciudadanía mediante un empleo con carnet de trabajo.

Esta nueva generación de trabajadores –de la cual Lula es su más significativo representante– no había vivido la experiencia del getulismo ni de la vieja izquierda; se educó en la resistencia a la dictadura, alrededor de un sindicalismo de base y clasista. Fue esta generación la que quebró la espina dorsal de la política económica de reducción salarial de la dictadura, con huelgas y movilizaciones de amplio apoyo popular a fines de los años 70; y fue la que protagonizó la creación de la primera central sindical legal –la Central Única de los Trabajadores– y el Partido de los Trabajadores, en los años 80.

Esa nueva izquierda no nacía con una ideología determinada, optaba por un socialismo mal definido como modelo, aunque rechazando el soviético. Congregaba a antiguos militantes de los años 60, sindicalistas de base, intelectuales

tuales de izquierda, activistas de los derechos humanos, ecologistas, religiosos, feministas, en suma, una amplia gama de sectores con potencial anticapitalista, pero apostando fuertemente a la democratización del país, a la que pretendían aportar una dimensión fuertemente social y popular.

Poco a poco esa izquierda fue asumiendo responsabilidades institucionales –con combativas bancadas parlamentarias, buenos gobiernos municipales, una activa participación en las elecciones municipales, y con Lula como importante candidato en tres elecciones sucesivas. Sin embargo, su singular ímpetu no dejó de sufrir los efectos del cambio mundial en la correlación de fuerzas, incluso mediado por las condiciones locales, más favorables. La caída de la URSS no golpeó al PT y a las fuerzas que nacieron con él como ocurrió con los partidos comunistas, sin embargo sus efectos no dejaron de sentirse, multiplicados por las dos derrotas de Lula, en las elecciones de 1989 y 1994, sumados a la crisis de Cuba y al fin del régimen sandinista en Nicaragua, con los cuales se identificaba el PT en diversos grados. La crisis de la militancia también alcanzó a este partido y a los nuevos movimientos sociales, elevando la edad media de sus miembros. Mientras tanto, la CUT quedaba a la defensiva, en tanto el neoliberalismo ascendente imponía sus políticas de estímulo al desempleo y a la informalidad del mercado de trabajo.

Una gran excepción fue el MST. En un país en el que jamás se había realizado la reforma agraria, este movimiento se constituyó en el principal protagonista de la oposición de masas a las políticas neoliberales –tanto en el efímero gobierno de Collor como especialmente en el de Cardoso. Hoy el MST está presente de manera solitaria, sin otras organizaciones de proyección que logren definir sus mecanismos mínimamente eficientes para resistir al neoliberalismo.

El Brasil realmente existente

Aunque las políticas neoliberales de los años 90 hayan debilitado al Estado y la capacidad competitiva del parque productivo instalado en décadas anteriores, la desarticulación no avanzó tanto como en otros países. El grado de internacionalización y de apertura de la economía brasileña, aunque se haya acentuado todavía es menor que, por ejemplo, la argentina y la mexicana.

Por otro lado, los problemas estructurales permanecen vigentes como trabas. La cuestión agraria no resuelta, que permite comprender la fuerza del MST, pero también la integración económica de un país con vastos territorios –por ello mismo, el principal blanco de la propuesta del ALCA, mediante la cual EEUU pretende consolidar su hegemonía sobre el continente, proceso en el que Brasil es el botín principal.

La fuerza social y política de la izquierda es otro factor que permite prever que entrando el nuevo siglo Brasil sea escenario de grandes luchas, justamente en el momento en el que perdió eficiencia –sin agotarse– la política de

ajuste fiscal como factor determinante para la vigencia del modelo hegemónico de las elites. Los primeros años de la década determinarán el futuro del Brasil a lo largo del próximo medio siglo, y con él, ayudarán a definir el escenario en el que se moverá América Latina —en la medida en que Brasil triunfe— si no descifrando su enigma, por lo menos aclarando su crisis de identidad.

Bibliografía

- Benjamin, Cesar (org.): *A opção brasileira*, Contraponto, Río de Janeiro, 1997.
 Sader, Emir: *A transição no Brasil - da ditadura à democracia?*, Atual, San Pablo, 1992.
 Sader, Emir: *Que Brasil é esse?*, Atual, San Pablo, 1999.
 Marini, Ruy Mauro: *Dialética da dependência*, Vozes, Petrópolis, 2000.
 Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto: *Dependência e desenvolvimento na América Latina*, Zahar, Río de Janeiro.

REVISTA MEXICANA DE POLITICA EXTERIOR

Octubre 2000

México

Nº 61

PRESENTACION. ARTICULOS: La política exterior de México 1994-2000. LA CONSTRUCCION DE AMERICA DEL NORTE: **Juan Rebolledo Gout**, En búsqueda de un entendimiento con Estados Unidos. **Miguel Angel González Félix** y **Jorge Cicero Fernández**, La protección de los connacionales en el extranjero. **Federico Salas**, Hacia la construcción de una asociación entre los países de América del Norte. AMERICA LATINA Y EUROPA: ASOCIACIONES PRIVILEGIADAS: **Carlos A. de Icaza**, La identidad latinoamericana de la política exterior de México. **Patricia Espinosa Cantellano**, Dos mecanismos de consulta y concertación: el Grupo de Río y la Conferencia Iberoamericana. **Mario Chacón**, La nueva naturaleza de la diversificación: la negociación con Europa. **Rafael Cervantes**, Una nueva asociación estratégica birregional: la Cumbre América Latina y el Caribe-Unión Europea. LA VOCACION MULTILATERAL DE MEXICO: **Carmen Moreno Toscano**, La vocación multilateral de la política exterior mexicana. **Eleazar Benjamín Ruiz y Avila**, La agenda de los derechos humanos. **Miguel Ruiz-Cabañas Izquierdo**, El combate contra el narcotráfico. EL RETO DE LA COOPERACION INTERNACIONAL: **Enrique Berruga Filloy**, La política mexicana de cooperación internacional. **Marco A. Alcázar y Laura Mora Barreto**, El Mecanismo de Tuxtla y Centroamérica en la política exterior de México. **Rosalba Ojeda**, México y el Mecanismo de Cooperación Económica Asia-Pacífico. **Jaime Nualart**, La promoción cultural de México como instrumento de la política exterior. MEXICO EN LOS NUEVOS ESCENARIOS INTERNACIONALES: **Roberta Lajous Vargas**, México en los escenarios futuros del entorno internacional. MEMORIAS DE LA DIPLOMACIA MEXICANA: Rosario Green, canciller de México (1998-2000). CRONOLOGIA DE POLITICA EXTERIOR DE MEXICO: De marzo a junio de 2000. RESEÑAS: **John Saxe-Fernández (coord.)**, Globalización: crítica a un paradigma, por G. Isaac Morales Tenorio. ABSTRACTS.

Revista Mexicana de Política Exterior es una publicación del IMRED, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos. Av. Paseo de la Reforma Norte 707, Col. Morelos, Delegación Cuauhtémoc. C.P. 06200, México, D.F. Teléfonos: 529-95-14. Fax: 327-3031.